

ALBUM

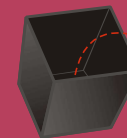


HABANA

En una ciudad como la Habana la gente hace amigos con facilidad en los parques, en los autobuses, en las librerías, nadie creería que algunas personas se conocen por el Chat.

Así nos conocimos Vera y yo cuando todavía existían pequeñas aperturas en el intranet cubano, y una subcultura de chateros escapábamos por un rato a otro mundo virtual. Esto en cualquier contexto extra-insular es completamente común, pero sólo él que conoce bien la realidad cubana puede entender lo absurdo de la situación, ya que más de la mitad de los cubanos no tienen acceso a un ordenador, menos a Intranet, por lo cual Internet es el opio de unos pocos. De modo que Evelyn, antes conocida por el nickname de Vera, pasó a ser más que una amiga virtual cuando descubrimos nuestras afinidades, no sólo en música, películas o amistades en común sino, sobre todo, en ese vicio que se llama Literatura.

cuento



La Caja de la china

3

UN NOMBRE. Evelyn Pérez.

*“La meta es el olvido.
Yo he llegado antes.”
J. Luís. Borges.*

Podría decirse que había una vez un viejo, pero no es suficiente. Podría decirse que había una vez un viejo borracho; alcohólico, digamos. Pero creo que tampoco.

Podría decirse que había una vez un viejo borracho que vivía en La Habana. La Habana es una ciudad como tantas. Aunque no tanto. Yo trabajo en una cafetería privada de La Habana y hay un viejo borracho que viene y toma refrescos. No los paga él. Se los paga un tipo miserable. Ex alcohólico el mismo. A él deberían pagarle los refrescos porque usa camisuchas raídas y a veces no come porque no tiene con qué. Él paga los refrescos del viejo borracho que toma refrescos en la cafetería donde trabajo. Le regala cigarros. A veces también le da un peso.

Por la calle de la cafetería donde trabajo pasa el camello. El camello es como una guagua pero más grande. A decir verdad el camello es enorme. Es tan grande como dos guaguas juntas. Y tiene muchas ruedas. Es un invento cubano para transportar más gente con la misma cantidad de combustible. En el cristal de atrás tiene

pegado un cartel que dice: *“La prioridad es mía porque transporto a la mayoría”*. Los camellos son unos bichos donde la gente se monta cuando no les queda más remedio que montarse.

Así puede comenzar la historia.

El viejo es un tipo triste. Tan triste como no he visto otro en la vida. Tiene cara de perrito apaleado y malquerido. Pero no es trágico. Ni siquiera es trágico. Es silencioso y tampoco he visto un tipo más silencioso en la vida. No sé cómo se llama. Sólo llega arrastrando los pies y lo mira todo. Sin entender nada. No es de este mundo. Llega y no pregunta. No pide. No conversa. Llega y lo mira todo y se sienta en el murito del jardín y entonces Juan Carlos le dice que si quiere un refresco. El viejo borracho mira a través de él. Para él, Juan Carlos no existe. Ni aunque le compre refrescos. Tampoco nosotros existimos. Entonces Juan Carlos dice:

–Dale un refresco de melón. Yo lo pago.

Y me da una moneda.

Yo sirvo el refresco y se lo doy. Entonces se lo toma pero no le importa. Si le doy veneno en vez de refresco de melón se lo toma igual. Juan Carlos le dice tómate un refresco y él se lo toma. Le dice fúmate un cigarro y él se lo fuma.

Hoy le dije a Juan Carlos que este viejo es el más triste que he visto en la vida y él me dijo que era porque siempre estaba borracho. Mañana, tarde y noche. Todos los días.

Pero estoy segura: no es el alcohol. Yo he visto muchos borrachos en mi vida. Aquí la gente se emborracha a menudo. Para olvidar, dicen. Aunque sé que no es por eso. Se emborrachan porque sí. Les gusta. Es parte de su naturaleza. Siempre ha sido igual.

Yo he visto muchos borrachos. Y los borrachos se tambalean. Los borrachos hablan enredado. Se caen en la calle. Orinan en los postes si es de noche. Y si no es de noche también. Buscan problemas. Los borrachos no toman refresco de melón.

Cuando lo veo venir me pregunto qué le pasa a este viejo que se sienta en el murito de la cafetería donde trabajo. Cómo se llama. Qué piensa. A dónde va cuando se levanta del murito y se aleja. Me pregunto quién le espera. Juan Carlos tampoco sabe. A nadie le importa. A mí tampoco me importa. Cuando pregunto lo hago por curiosidad.

Hoy lo vi venir. Con su camisa anaranjada. La de cada día cuando viene a sentarse en el murito y a que le paguen un refresco y a mirar a todo el mundo sin decir nada. Lo vi venir y sabía lo que iba a pasar. Iba a pasar lo que pasa siempre cuando está Juan Carlos. Porque cuando Juan Carlos no está nadie le paga refrescos de melón. Ni le da cigarros. Ni le regala un peso. Cuando Juan Carlos no está, el viejo se sienta en el murito un rato y luego se va por donde mismo vino.

Pero hoy Juan Carlos estaba. Y yo también estaba. Recostada en el mostrador esperando a que Juan Carlos me dijera:

–Dale un refresco de melón. Yo lo pago.

A veces hay refrescos de otros sabores. Hoy había de piña, de cóctel de frutas y de melón. Y todos valen lo mismo. Pero Juan Carlos nunca le pregunta qué sabor prefiere. Sólo me dice:

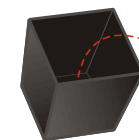
–Dale un refresco de melón. Yo lo pago.

Yo estaba recostada en el mostrador y lo vi venir. Preguntándome como se llamaría este viejo triste que toma refrescos de melón. También vi venir el camello.

Yo vi al viejo que venía cruzando la calle para sentarse en el murito y para que Juan Carlos le pagara un refresco de melón. También vi al camello que venía rodando. Juro que le daba tiempo de sobra. El camello nunca viene rápido. Además de todos los demás inconvenientes tiene el de la lentitud. El camello venía despacio y al viejo le daba tiempo de cruzar.

No se tiró delante de las ruedas. No tropezó y se cayó. Sencilla-

Sencillamente se quedó parado en el medio de la calle. Con su cara triste de todos los días. El chofer pensó que era un bromista. Imagino. No frenó hasta que estaba a menos de cinco metros. El impulso era demasiado y el viejo fue a parar debajo de las ruedas. Le pasaron las ruedas dobles de alante y las dos segundas. La gente de adentro del camello sintió el frenazo y luego el tropezón. Gritaron y le gritaron horrores al chofer. Yo también grité. Y Juan Carlos. Y Ana, la mamá de Juan Carlos. Todos gritamos. Pero yo no entendí cuál fue el nombre que gritaron Ana y Juan Carlos.



La Caja de la china

3